

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

PALMA ALTA, 32 DUPLICADO

PUNTOS DE SUSCRIPCIÓN

EN LAS PRINCIPALES LIBRERÍAS

Toda la correspondencia, así política como administrativa, á nombre de

D. Miguel Sawa.

15 CENTIMOS NÚMERO

Idem atrasado, 30.

A CORRESPONSALES Y VENEDORES

25 Números, 2,50 pesetas.



ESTE PERIÓDICO SE COMPRA, PERO NO SE VENDE

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN	
EN MADRID....	Un mes..... 1 peseta.
	» trimestre..... 2,50
	» año..... 10

FUNDADOR
EDUARDO SOJO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN	
EN PROVINCIAS.	Un trimestre..... 3 pesetas.
	» semestre..... 6 »
	» año..... 12 »
EXTRANJERO...	» año..... 15 »

DIALOGOS ARISTOCRATICOS

—A las órdenes de la señora duquesa.
—Siéntese usted, Don Pedro.
—Supongo que la señora duquesa querrá saber en qué estado se encuentra la santa fundación que proyectamos.
—Precisamente para eso le hemos llamado á usted.
—Pues bien, gracias á Dios y á su Santísima Madre, las cosas van tan bien, que no falta sino que la señora duquesa invite al excelentísimo señor Nuncio á poner la primera piedra.
—¿Cuánto me alegro! Y ¿cómo se ha hecho el milagro?
—Muy sencillamente. Me fui al propietario del terreno y, ponderándole lo piadoso y humanitario de la obra, logré que me lo dejara casi en la mitad de su valor.
—¡Magnífico!
—Como con la mitad de lo comprado hay más que suficiente para levantar el asilo, en caso de que se levante, resulta que al capital que empleemos en edificar lo restante le vamos á sacar un veinte por ciento.
—¡Es usted un hombre admirable!
—Este negocio no lo he hecho yo, lo ha hecho todo el Sacratísimo Corazón de Jesús.
—¡Bendito sea una y mil veces!
—Hay que pensar ahora de dónde sacamos los fondos para construir el edificio.
—Claro, porque no es cosa de que yo, que he tenido la idea y me sacrifico presidiendo la junta y manejando el dinero, me perjudique también en mis intereses.
—¡No faltaba más, señora duquesa!
—Además, este invierno me voy á ver muy apurada. He tenido muchos gastos.
—Y la desgracia de los caballos.
—Cállese usted por Dios. ¿Quién se había de figurar que un tronco tan hermoso, por el que di doce mil francos en París, iba á morir en el camino?
—Ha sido un percance muy desagradable.
—Ayer he pagado también los veinte mil francos de los muebles que me mandan de Viena, y falta todavía la cuenta más gorda, la del modisto.
—Un horror, señora duquesa, un verdadero horror.
—Para el asilo tengo ya en proyecto una corrida de toros, una función en la Zarzuela y un gran partido de pelota.
—¡Muy buena idea!
—¿No ve usted que yo soy ya maestra en estas cosas? Consegüiré que asista la familia real y todo lo mejor de Madrid. Haré que toreros, cantantes y pelotaris, trabajen de balde, y figúrese usted lo que reuniremos para empezar.
—¡Qué alegría pensar en el bien que se hace apartando del vicio tantas jóvenes extraviadas!
—Sí, quiero que el asilo, como ya dije á usted, sea para muchachas arrepentidas ó en peligro de caer. Me horripila pensar en la inmoralidad que por momentos se va apoderando de nuestra sociedad.
—Es para espantarse verdaderamente.
—Bueno, pues haga usted todas las gestiones necesarias para entrar en posesión del terreno, que yo por mi parte empezaré á organizar las fiestas, po-

niéndome de acuerdo con los artistas, los toreros y el Nuncio.
—Dios se lo pagará á la señora duquesa.
—Ahora, vamos á ver si arreglamos entre los dos los puestos para el banquete de esta noche.
—Como gusta la señora duquesa.
—Píntele usted ahí, en ese papel, la mesa, para que vayamos escribiendo nombres. De la colocación depende que los convidados lo pasen bien, y ya sabe usted que me precio de saber hacer agradable la estancia en mi casa á todo el mundo.
—La señora duquesa vaya diciendo.
—En primer lugar ponga á mi derecha al baron, á Justito. Es un chico muy guapo y que siempre tiene algo de agradable que decirme.
—Ya está.
—A mi izquierda al conde de Villa, pues me resulta muy agradable y hay que ponerlo lejos de su mujer. A la marquesa del Estanque póngala al lado de Abuelo el diputado.
La gente dice que si tienen, que si no tienen; mi pero á todo eso no me importa.
Lo que quiero es que en mi casa se divierta todo el mundo. A la chica de Montalto ponerla junto á Pepe, ese calavera que la tiene loca. Me lo encargó mucho la pobre, anoche en el baile de la embajada. Los padres se oponen á esas relaciones; pero he tenido la precaución de no convidar á los padres. Los demás sitios arrégelos como quiera.
Yo me voy á vestir, que he pedido el coche para las tres. Tengo que hacer la mar de visitas.
—Descuide la señora duquesa, todo lo haré como sé que la agrada.
—No se olvide de que las mujeres no deben estar al lado de sus maridos.
—No me olvidaré.
—Y no deje de activar nuestra obra en favor de las jóvenes extraviadas.

GIL BLAS DE SANTALLANA.

LA LAVANDERA

La mañana es fría.
El cielo está pálido.
La bruma se espesa
en la muda región del espacio.
Camino del río,
la temperatura cruel arrojando,
va la lavandera,
sobre su cabeza el enorme saco
de la ropa sucia,
cuyos dos extremos con entrambas manos
ella ase; y parece
así, con los brazos
extendidos, aquel -ér humilde,
la imagen del pobre y el desheredado
enclavada en el duro suplicio
de la cruz. ¡En la cruz del trabajo!

Resbalan las ondas,
produciendo un rumor tenue y vago.
En las márgenes tristes del río,
sus líneas oscuras levantan los palos
de los tendedores.
Ya la lavandera llega, arroja el fardo;
le desata; prepara la ropa;
se arrodilla en la arena. Es el vaho
de su aliento una nube. Un instante

A LOS HOMBRES

(DE VÍCTOR HUGO)

No desgarras más su herida
insultando á la mujer,
cuando la veas caer
en el fango de la vida.
¿Quién sabe si amor violento
ó el hambre en su juventud
hizo rodar su virtud
como á las hojas el viento?
Que esa mujer es al fin
gota de agua que chispea
en la rama que sombrea
el glorioso jardín.
Si la rama es sacudida,
en la gota podrás ver
que es perla antes de caer,
fango después de caída.
Agua pura, transparente,
hay en el fango que salta;
para que brille hace falta
un rayo de sol ardiente.
Y á la mujer que el dolor
su deber hace olvidar...
la falta para brillar
un solo rayo de amor.

MIGUEL DE PALACIOS.



se detiene, con miedo pensando
en el frío terrible del agua;
pero —¡No hay remedio!— prorrumpe. Sus manos
duras y callósas hunde en la corriente,
y sufriendo el rigor del helado
cierzo, y de la lluvia,
que desciende á ratos,
el gélido azote, pasa todo el día
lavando... lavando...

El sol calcinante
de Julio, á la tierra envía en sus rayos
vapores de horno y asfixias de fragua.
A pasar el día
entero lavando,
va la lavandera, camino del río,
sufriendo el horrible calor del verano;
sobre su cabeza
el enorme saco
de la ropa sucia, cuyos dos extremos
con entrambas manos
ase; pareciendo
así, con los brazos
extendidos, la imagen del pobre
y el desheredado,
enclavada en el duro suplicio
de la cruz. ¡En la cruz del trabajo!

PEDRO BARRANTES.

MARTIRES

¿No calumniamos un poco á nuestro tiempo? Por algo se ha dicho que los extremos se tocan. Los *laudatores temporis acti* del vate latino, y los que sentimos la nostalgia del ideal, ellos mirando á lo pasado, nosotros al porvenir, coincidimos en exagerar las flaquezas y vicios del presente. Sufren ellos un espejismo que desmiente la realidad de la Historia. Nosotros somos víctimas de la ambición generosa del que elevado á la cumbre de alta montaña, desde donde se vislumbran remotas ideales lejanías, querría para la Humanidad la posesión de todos los horizontes de bien y de verdad que desde aquella altura alcanzan á contemplar admirados los ojos del espíritu.

En eso estriba la decepción de este desengaño fin de siglo. Nos hemos anticipado á los tiempos. Hemos tomado como realidad viva, actual, lo que era sólo anuncio y presagio de realidades futuras. Volviendo luego los ojos á los hechos, hemos clamado desengaño. No son los pueblos, no son los hombres, lo que imaginábamos que eran. De eso á negar á nuestro tiempo toda elevación moral, no hay mucho camino. Aún hay mártires entre nosotros, diga lo que quiera el pesimismo atávico ó idealista. La muerte reciente del doctor Pestana, víctima, como tantos otros, oscuros é ignorados, del cumplimiento de un alto deber profesional, da de ello irrecusable testimonio.

¡Y qué sacrificio el de estos héroes humildes de la ciencia y de la Humanidad!

Es grande el mártir religioso, desafiando la muerte por su creencia; confesando entre los tormentos su fe; tan grande, que su esfuerzo sobrehumano ha sido atribuido á milagros y considerado como prueba evidente del origen divino de la creencia que le inspira. Pero ese mártir es el menos sostenido y confortado en medio de sus sufrimientos por



La nueva espada de Damocles.



La muela del juicio.



Los inválidos de la política.



El que ha solucionado el conflicto.



¡Que va á haber hule!



El nuevo caballero del Cisne.



Sigue la murga.

la visión anticipada de las dichas celestes que le aguardan en una perdurable bienaventuranza.

Es grande el héroe militar que inmola su vida a la patria, al honor de la bandera, al lustre de las armas. Pero el ardor del combate, la emulación, el olor de la pólvora, la vista de la sangre, los impulsos de la fiera que todos llevamos dentro, la aspiración al premio, la esperanza del triunfo, la perspectiva de la gloria, estimulan su valor y le hacen relativamente fácil el sacrificio.

Hay gradeza en la abnegación del mártir político que da su vida por una idea, de ese héroe de barricada ridigulizado por los espíritus mezquinos, incapaces de comprender la elevación moral más allá de los estrechos límites de su parroquia. Pero la fervorosa devoción a los ideales, el fanatismo político, el amor a los suyos y el odio a los adversarios, engendran en el ánimo un estado pasional propicio a las grandes inmolaciones.

Por confesar la verdad han muerto austeramente algunos. Pero el sentimiento de la injusticia de que eran víctimas, la idea del propio valer, el menosprecio por la ceguera y la estolidez de sus verdugos, ponen una partícula de móvil personal en la cuita de Sócrates o en la hoguera de Giordano Bruno.

No detiene al valeroso, explorador en su noble empresa el temor a las fatigas y los peligros que le aguardan. Pero hay en la lucha contra los obstáculos, que oponen a su paso la naturaleza y los hombres un interés dramático, capaz de cautivar a todo espíritu vifil. Además le espera la gloria, esa gloria inmarcescible del que ha grabado su nombre en una región del globo por él conquistada para la Humanidad, y escríptole indeleblemente en los anales donde figuran los de Cook, Burke y Livingstone.

Ningún heroísmo hay comparable con el del médico que arrostra la muerte por ley de deber, por sentimiento de humanidad. No le conforta la promesa de las esperanzas celestes, ni le excita el ardor apasionado del combate, ni el amor o el odio, la obstinación o la arrogancia le sostienen, ni siquiera le alienta la perspectiva de ganar gloria inmarcescible. Sólo el terrible espectáculo de la agonía le advierte la enormidad del riesgo, Nadie ve como él la muerte cara a cara. Nadie puede medir como él la magnitud del peligro. Cada día, a cada hora, afrontale serenamente, con la serenidad tranquila de quien cumple su obligación. No hay sacrificio más modesto, no hay otro más grande.

No, no se ha agotado entre los hombres la fuente de la abnegación; antes ésta se depura y ennoblece, haciéndose más desinteresada, a medida que su finalidad es más positiva y más práctica. Día llegará en que la Humanidad sustituya al culto estúpido que ahora tributa a sus azotes y verdugos, un Napoleón, un Bismarck, el que debe a sus bienhechores. Saludemos entre tanto con amoroso respeto a esos modestos héroes que sucumben en la lucha con la enfermedad y el dolor, las más atroces representaciones del mal en el mundo, y cuya vida útil y fecunda tiene que parecer doblemente fecunda y útil a los que la contemplamos desde los limbos de nuestra impotencia retórica...

ALFREDO CALDERÓN.

A LOS PIES DE LOS CABALLOS

Los grandes toreros se van, pero los grandes entusiasmos por la torería perduran entre las muchedumbres, fascinadas por los trajes de luces. Digalo si no el aficionado sevillano que a estas horas se cura su pierna destrozada entre las ruedas del coche que conducía al Gallito al salir de la Plaza. Quiso el infeliz, en transporte de admiración frenética, abrazar al matador que pasaba en su coche radiante de gloria; subió al estribo, extendió los brazos hacia el héroe... y cayó al suelo rompiéndose una pierna. Es joven el malaventurado taurómaco de tan estúpida manera lisiado. Está, pues, en edad de aprovechar los consejos. Sepa, por tanto, y con él cuantos sientan esos fervores toreros, que en la escuela, en el instituto, en la Universidad, en los Museos, en los laboratorios, en cuantos sitios frecuenta la juventud ilustrada, suelen conservarse intactos los huesos y el pellejo, al paso que adquiere el espíritu serena luz interior que no se eclipsa ni vacila ante el brillo de la gloria torera. El que, a pesar de todo, se sienta con vocación para romperse la crisma entre las ruedas de un coche, elija al menos el coche de un sabio, de un filántropo, o de un artista... Con eso evitará a sus compatriotas el bochorno de que al leer la noticia de su desgracia crea el mundo civilizado que España es todavía el país donde la juventud admira a los toreros hasta el punto de arrojarse a los pies de sus caballos.

IMPRESIONES

He desconfiado siempre de los políticos de profesión; pero desconfío más de los que, por sistema, huyen de la política. Los primeros son muchas ve-

ces intrigantes; los segundos son siempre egoístas. Aquellos pueden constituir, en determinadas circunstancias, un peligro; éstos constituyen en toda ocasión un estorbo.

Intervenir en la cosa pública no es solamente un derecho: es un deber de todo ciudadano. El que por desidia o por indiferencia no ejerce el derecho, ni cumple el deber, no está autorizado para censurar a sus gobernantes.

Si en la marcha de los asuntos públicos intervinésemos todos, dejaría de ser la Administración granjería de unos cuantos.

El desbarajuste lamentable que echamos de ver en la Administración del Estado, es delito de lesa nación, del que son autores los ambiciosos vulgares que lo manejan todo, y en el cual son cómplices los que alardean, como si eso fuera un gran mérito, de no meterse en política.

Los que no se metían en política, fueron quizá los causantes de aquellos sucesos que prepararon la revolución de fines del siglo XVIII.

Los que no se meten en política son tal vez los más poderosos auxiliares de dinamiteros, cuyos atentados prestan colores tan oscuros a las postrimerías del siglo XIX.

Lo que interesa a todos, por todos debe ser atendido.

A UN REPTIL

¿Quieres saber más que supieron juntos los sabios todos que en el mundo han sido, y ser en ciencias y artes entendido, aunque de ellas no tengas ni baruntos?

¿Quieres llegar de golpe a tales puntos donde asombro te cause haber subido, y antes que el gran porrazo hayas caído, dejar a tus contrarios cejijuntos?

Pues si no has conocido la vergüenza, si cuanto escuchas ciernes como estulto sin que una sola vez hayas pensado; si en audacia no hallaste quien te venza, y tu lengua procaz vibra el insulto, métete a periodista, y lo has logrado.

MANUEL ARENAS.

ESPERANZAS

Todo en la vida material ha cambiado prodigiosamente. En la vida social, el obrero, esclavo del salario, existe todavía para alimentar, recrear y conservar a una casta de hombres que tiene de su parte la supremacía del dinero. Para el resto de los humanos que no pertenece a esta casta, la civilización es algo abstracto, ideal, no traducido en hechos; el progreso una engañosa ilusión, con cuya conquista se pavonean los servidores privilegiados del tercer estado enriquecido. El pueblo carece de todo: carece, primeramente, de pan; y careciendo de pan, civilización, progreso, ciencia, arte, industria, no son para él más que terribles mentiras, torturas inventadas por la novísima inquisición de los satisfechos. ¿Qué efecto pueden producir los museos atestados de maravillas artísticas, los gabinetes científicos con sus gigantescas creaciones, las fábricas con sus obreros colosos, los almacenes reventando con el hartazgo de mercancías que no se venden y los lindos escaparates con todos los refinamientos del gusto y del lujo? Hablad de todo esto a los millares de desarrapados que se llevan penosamente la mano hacia la región del estómago vacío; que arrastran sus pies desnudos por el fango de las calles; que mal cubren con harapos los pellejos que sirven de único revestimiento a un manojito de huesos, que crujen a cada paso como queriendo romperse, y sólo obtendréis un gesto doloroso, expresión del organismo aniquilado, indiferente al borde de la tumba, esperando impasible la muerte antes que buscando la prolongación de la vida.

¿Quién osará sostener que esta permanente perturbación, este inmenso desequilibrio es natural y eterno?

R. MELLA.

EL MITIN DE UTRERA

Ha sido una hermosa fiesta la celebrada por los republicanos andaluces en Utrera.

En ella se acordaron las siguientes conclusiones, aprobadas por aclamación:

1.ª Pedir la revisión del proceso de Montjuich, sin que intervengan las autoridades acusadas de haber cometido el atropello y los abusos denunciados.

2.ª Pedir el castigo de esas autoridades.

3.ª Pedir la libertad de los presos injustamente condenados.

4.ª Demolición del castillo de Montjuich, representación en España, como la Bastilla en Francia, de la infamia y de la tiranía.

DON QUIJOTE estuvo representado en el mitin por nuestro distinguido amigo y correligionario, D. Camilo Calamita.

EL EJEMPLO

Cierto día, un ebanista fué a barnizar unos muebles a una oficina, y el hombre, que por lo visto era terne, empezó a leer periódicos y a fumar, pero los jefes y los demás empleados, al ver tal cosa, dijéronle: —¿Eso es trabajar, amigo? Y él replicó: —¡Me parece! La prueba es que estoy haciendo lo mismo que hacen ustedes.

VICENTE RUBIO.

EL CEMENTERIO DEL PUEBLO

Todavía no tengo ganas de morir... La alegría y la juventud me acompañan: no he gastado todo el caudal de mis esperanzas; el amor me brinda con sus goces inefables, y aunque mis cabellos empiezan a tocar retirada, aún no ha revado sobre mi cabeza... ¡No, no tengo ganas de morir todavía!

Sin embargo... en esos días tristes del otoño, cuando la Naturaleza muerta reclama nuestras oraciones, me siento un poco inclinado a la melancolía, y al pasar revista a mis ilusiones de ayer y a mis esperanzas de mañana, pienso un poquito en la muerte con esa tristeza que se siente al borde de los grandes misterios... ¿Qué pasará después? ¿Estaremos de veras condenados a la eterna pesada de que habló Voltaire? ¿Descansaremos efectivamente al despedirnos de la vida? ¿Quién sabe eso y, sobre todo, quién piensa en averiguarlo?

Gocemos pues, la cristalina esfera girando en luz... ¡Bella es la vida!

Si, ¡bella es la vida! pero convengamos en que también la muerte tiene su poesía.

Pero la poesía de la muerte no la hemos de buscar en esos días en los cuales la Humanidad, obligada por el calendario, ofrece a sus antecesores unas cuantas lágrimas decorativas y varias coronas, tan artificiales como sus lágrimas... En estos tiempos en que la lucha por la existencia ha ascendido a la categoría de ideal, los muertos son los que quedan fuera de combate; ni ornamos de rosas sus tumbas, como los pueblos clásicos, ni colocamos a nuestros antepasados entre los dioses familiares. En estos tiempos hemos inventado lo de

el muerto al hoyo
y el vivo al bollo,

y sólo nos acordamos de quien nos precedió en ese fatal camino para profanar su morada, llevando a ella la ostentación y el ruido de nuestra vida miserable.

No, no busquemos la poesía de la muerte en el cementerio de la ciudad, donde los vivos insultan la soledad de los muertos; busquémosla allá en el cementerio del pueblo, en aquel lugar sagrado donde no alteran el descanso de sus moradores ni la piedad fingida, ni la falsa oración, ni las vanas pompas del mundo.

Allí los que duermen el sueño eterno no temen la visita del duelo importuno... Crecen las flores tristes al borde de las tumbas, hay manos cariñosas que las cuiden y lágrimas sinceras que las rieguen.

El poeta que dijo:

¡Dichoso aquel que escucha eternamente
el mismo ruido de la misma fuente!

soñaba también con una tumba solitaria, bañada por el rayo de la luna y besada por el saúce melancólico.

¿Quién sabe dónde descansarán mis huesos! Pero yo también sueño con ese rincón del cementerio del pueblo.

¡Allí está la verdadera poesía de la muerte!

ANTONIO PALOMERO.

LIBROS

¿Qué es el cielo? Se ha publicado la segunda edición de esta interesante obra de astrofísica popular, original de Camilo Flammarion, y traducida por D. Eduard G. García, director de *La Irradiación*.

Ilustran la obra numerosos grabados, y se halla de venta, al precio de **tres pesetas**, en casa del traductor, Prim, 10 (Barrio de doña Carlota), y en las principales librerías de Madrid y provincias.

Biblioteca de **DON QUIJOTE**,

WEYLER

POR

PEDRO BARRANTES

ILUSTRACIONES DE ROJAS

Precio: 20 céntimos.

Para nuestros suscriptores y corresponsales, **15 céntimos.**

Imprenta de A. Marzo, Apodaca, 18.